

En Atenas siguieron entre tanto practicándose las investigaciones: el odio de los radicales contra Demóstenes, avivado por los vendidos á Harpalo, hacia que se diese crédito á todas las calumnias inventadas contra aquel grande hombre de Estado. Algunos le acusaban de mercenario de Alejandro, otros le creían sobornado por Harpalo, fundándose en que no habia evitado su fuga; las cosas llegaron á un punto tal, que Demóstenes, con gran contento de los gobernantes macedónicos de Pella y Babilonia, hubo de salir de Atenas perseguido por el partido macedónico, apoyado por los radicales, como victima expiatoria. El Areópago, en sus investigaciones, á fines del año 324, declaró probado el soborno de Demóstenes, sin que se alegase para ello prueba alguna, y la misma declaracion hizo el Dicasterio de 1,500 jurados, triunfando por esta vez el odio salvaje de los oradores forenses enemigos. Demóstenes fué declarado culpado; se le impuso una multa de 50 talentos, y no habiendo podido hacerla efectiva, tuvo que emigrar á Egina y Trezene, en cuanto se hubo repuesto de una enfermedad que le aquejó durante algunos dias.

Cuando, á los pocos meses, se supo la muerte de Alejandro, esparciéndose esta noticia con la rapidez del rayo por todas las comarcas del mundo heleno, allí donde existia un aliento del antiguo patriotismo, se despertaron nuevas esperanzas de libertad. Los mismos griegos del Asia Menor, que tan protegidos se habian visto, estaban ya cansados de la dominacion macedónica. Los rodios, cuya isla estaba desde el año 332 en poder de los macedonios, arrojaron de su territorio á la guarnicion de Alejandro, comenzando desde entonces el período de su grandeza mercantil é histórica. Chio y Efeso se declararon tambien independientes; pero en donde el movimiento, cuyo centro natural debia ser Atenas, hizo mayores progresos, fué en el Peloponeso y en el continente griego. El Atica se encontraba entonces en una situacion excelente bajo el punto de vista material: Licurgo, el famoso hacendista que hasta el año 323, en que uno de sus enemigos políticos se vió llamado á ocupar el cargo de director general de hacienda, habia tenido á su cargo, ya directa ya indirectamente la administracion de las rentas de su patria, habia logrado, con sus afanes, que los ingresos ascendiesen de nuevo á 1,200 talentos anuales (28.270,000 reales), con los cuales pudo hacer notables ahorros y tener un tesoro bien provisto. Habia puesto coto á las distribuciones de los bienes pertenecientes á la caja de la Teoría que se hacian entre los ciudadanos pobres y á las cuales desgraciadamente obligaba una costumbre casi necesaria. Entonees pudieron dedicarse á los templos y al culto una parte de los sobrantes. Habíase dedicado especialmente y con éxito al embellecimiento arquitectónico y al robustecimiento de las fuerzas de Atenas. Bajo la direccion de Eubolo se habia comenzado la restauracion completa del gran teatro de Dionisio, tratándose quizá de ensanchar y hermohear por completo la antigua y sencilla construcción que habia terminado Licurgo en 330. Asimismo, á propuesta suya, se edificó al Sur del Iliso el Estadio panatenéico; y el Gimnasio fué reconstruido en el Liceo, ensanchado y embellecido con nuevos edificios. Bajo el punto de vista militar, terminó Licurgo en 330 el gran arsenal de Filon, que desde entonces pudo ser dedicado al objeto para que habia sido construido, aumentando, además, el número de galeras á 372 y poniendo la escuadra y el material de guerra en un estado altamente satisfactorio. De esta suerte ofrecia Atenas el aspecto de una ciudad y de un Estado imponentes.

Por desgracia, en aquel momento en que, muerto Alejandro y próximo á estallar el movimiento general en Grecia, los ojos de los helenos estaban fijos en Atenas, carecia esta de una fuerza política que estuviese dotada de sentimiento y

energía bastante patrióticos y del talento diplomático necesario para comprender la inevitable descomposicion del Asia; que tuviese la paciencia de esperar el momento mas propicio para atacar á los macedonios y la fuerza indispensable para contener á los turbulentos helenos. Entonces hubiera sido quizá posible, en medio de los disturbios del tiempo de los Diadocos, que la Grecia conquistara una noble independencia y evitara la inundacion de males que cayó sobre ella en los treinta años siguientes. Pero desgraciadamente no fué esta la marcha de los acontecimientos: los caudillos del partido macedónico de Atenas tuvieron que abandonar en seguida las riendas del gobierno. Muerto Licurgo en 324 y desterrado Demóstenes, los radicales, á cuyo frente se hallaba Hiperides, se apoderaron de la cosa pública. Podia disponerse de un excelente general y de un valiente ejército. El general ático Leóstenes, amigo de Hiperides y Demóstenes, habia logrado reunir, no se sabe de qué manera, durante el año 324, en el Asia Menor, á los muchísimos mercenarios griegos que los sátrapas de Alejandro, por mandato del rey, habian licenciado; y se habia dirigido con ellos al Tenaro, en donde, con los medios pecuniarios que le proporcionaron algunos sátrapas, pudo formar un ejército de 8,000 hombres, á los cuales se unieron pronto muchos descontentos. Desde este punto, alióse Leóstenes con los etolios y, cuando supo la muerte de Alejandro, consiguió que la Bula de Atenas le asignara 50 talentos. Cuando la noticia de la muerte de Alejandro estuvo fuera de toda duda, apareció Leóstenes en Atenas. Hiperides, á pesar de todas las amonestaciones del embajador de Antipatro y de todos los consejos de Focion, consiguió que la comunidad estimase necesaria la declaracion de guerra contra Macedonia y obligara á todos los helenos á tomar parte en ella. Contábase con el cansancio y con la falta de tropas en Macedonia, con el aislamiento de Antipatro, pues Cratero se encontraba en el Asia, y sobre todo con el poderoso y unánime movimiento de toda la Grecia. Mientras Demades, á causa de un proceso, se hallaba despojado de todos sus derechos políticos y el gran Aristóteles, acusado de impiedad, se veia, por análogo motivo, obligado á marcharse de Atenas y dirigirse á Calcis, en donde murió á fines del año 322; decidióse el armamento de la escuadra, el alistamiento de todos los atenienses hasta la edad de cuarenta años, la traslacion del dinero de Harpalo á la caja de guerra, el envío de embajadores y la publicacion de un caluroso manifiesto para obligar á todos los helenos á tomar parte en la lucha, que dirigiria Leóstenes como general en jefe del ejército.

Los etolios se aliaron en seguida con Atenas y el audaz Leóstenes no quiso dilatar mas el rompimiento de las hostilidades. Como la Beocia y la Eubea se hallaban en poder de los macedonios, condujo sus 8,000 mercenarios desde el Tenaro á Etolia, donde se le unieron 7,000 hombres del país; apresuróse á cruzar las ya casi conquistadas comarcas de Locride y Focea, y se apoderó de las Termópilas, desde donde se encaminó de nuevo al Sur, uniéndose en Beocia con un ejército ático de 7,000 hombres y 500 caballos, y derrotando en Platea por completo un ejército beocio-eubeo, reforzado con las guarniciones macedónicas. Desde este último punto regresó á las Termópilas para presentarse delante de Antipatro. Este prudente general habia pedido á toda prisa auxilio á Cratero y á Leonatos, no habiendo podido reunir por de pronto mas que unos 13,000 infantes y 600 caballos, con los cuales encaminóse á Tesalia, mientras su escuadra compuesta de 110 buques, recorria las costas griegas. Uniéronsele poco despues los tesalios, que interiormente eran partidarios de Atenas, y que al llegar á las Termópilas y á la vista de los estandartes atenienses, desertaron, dirigi-

Antígono, con su acompañamiento, se había refugiado en el campamento macedónico. El favor de la suerte, que tan airada se había mostrado contra Atenas, trajo á los etolios una paz honrosa. Antipatro y Cratero se prepararon á partir para el Asia, á fin de comenzar la guerra contra Perdicas.

Entonces comenzaron á desarrollarse rápidamente los acontecimientos que debían transformar la fisonomía del gobierno central del reino de Alejandro. Cuando, en la primavera del año 321, Perdicas se dirigió contra los egipcios, confió á Eumenes, que había dado pruebas de un gran talento como general, el mando en jefe del Asia Menor, á fin de que pudiese resistir los ataques que desde Europa podrían serle dirigidos. Antipatro y Cratero formaron alianza con Tolomeo, después de haberle prometido que operarían una diversion hacia el Asia Menor y la Siria. El anciano Polispercon debía, en tanto, defender la Macedonia. Habíase de antemano convenido en que Antipatro sería regente en Europa y Cratero en Asia. Durante la primavera de 321 atravesaron el Helesponto, mientras Antígono se ponía al frente de la escuadra. Eumenes no pudo por de pronto impedir que avanzasen, pues todos los macedonios del Oeste se separaban de él y se unían á Cratero, mucho más popular, y él mismo se veía obligado á sofocar una rebelión del sátrapa armenio Neoptolemo. Pero después pudo oponerse á los dos grandes capitanes, de los cuales Antipatro se encaminaba á Cilicia, mientras Cratero con 20,000 hombres y 2,000 caballos, buscó en Capadocia á Eumenes, cuyas fuerzas, especialmente las de caballería (5,000 caballos), eran muy superiores á las suyas. La muerte de Cratero, acaecida en el primer combate, hizo que la victoria quedase por Eumenes; pero el ejército del difunto general rompió el tratado que Eumenes le proponía y, marchando hacia el Sur, se unió al de Antipatro. A pesar de esto, la situación de Eumenes era excelente; Antipatro supo con terror que á consecuencia de las intrigas de los mensajeros de Perdicas toda la Grecia se hallaba nuevamente presa de una gran agitación, que los etolios habían reanudado la guerra y que la Tesalia se había de nuevo sublevado. En cambio, el partido del regente asiático había perdido todas las probabilidades de triunfo, pues Perdicas, que cada vez se mostraba más déspota y había perdido el favor del ejército, disgustado con la guerra contra Tolomeo, fué asesinado por sus oficiales, á principios de julio del año 321, poco después de la victoria de Eumenes, y á consecuencia de un primer ataque desgraciado que llevó á cabo junto al brazo pelusiaco del Nilo.

Tolomeo se apresuró á firmar la paz con sus antiguos camaradas y, con gran prudencia, negóse á aceptar la regencia que se le ofrecía, haciendo que la elección recayera en los generales Piton y Arideo, los cuales, mientras se operaba este cambio tan completo, fueron declarados culpables de la muerte de Perdicas, conocida dos días después de acaecida, y desterrados por Eumenes y los demás generales del difunto regente. Antígono y Antipatro, que se encontraban respectivamente en Chipre y en la Siria septentrional, recibieron algunos embajadores que pedían su apoyo en Triparedisos (Celesiria), á donde se dirigieron ambos gobernantes en la segunda mitad del año 321, permaneciendo tan solo en el Egipto Tolomeo. Llegado que hubieron á aquellas regio-

nes, lograron, no sin tener que vencer algunas dificultades con las tropas, estipular un tratado nuevo.

Los generales Arideo y Piton fueron de nuevo destituidos, y Antipatro nombrado desde entonces regente del reino de Pella; procediéndose á una nueva división de las satrapías que se diferenció en algo de la primera: á Seleuco se concedió Babilonia; á Antígenes, jefe de la aguerrida guardia veterana de los hipaspistas, entonces llamada de los argiráspidas, se le dió la Susiana; á Piton se le indemnizó con la Media y con el gobierno del territorio iranio; y á Antígono se le confirió el mando en jefe del Asia Menor, con facultades para conquistar la Gran Frigia, con las comarcas de Licia, Panfilia y Licaonia. Antipatro, además, se apoderó del ejército que hasta entonces había sido de Perdicas, y con él comenzó la guerra contra Eumenes y demás partidarios de aquél. El hijo de Antipatro, Casandro, fué colocado junto á Antígono en concepto de chiliarca ó mariscal, y Eurídice, hija del anciano regente, se casó con Tolomeo.

Antígono, gracias á la superioridad de sus fuerzas, pudo dispersar á los partidarios de Perdicas que se encontraban en el Asia Menor y que, animados por sus sentimientos macedónicos, no querían reunirse con Eumenes, que acampaba entonces en las cercanías del Meandro. A principios del año 320, fué Eumenes derrotado por traición y quedó sitiado en la inexpugnable fortaleza capadocia de Nora. Los demás caudillos fueron fácilmente aniquilados en Pisidia, durante la segunda mitad del año 320. Antígono, dueño de toda el Asia Menor, y al frente de 60,000 infantes, 10,000 caballos y 70 elefantes de guerra, había llegado á ser tan poderoso, que pensaba en ocupar todavía una posición más elevada. El movimiento que desde las primeras luchas de Perdicas había sido dominado en el colosal imperio de Alejandro se presentó de nuevo con ímpetu irresistible. Por aquel mismo tiempo Tolomeo, aprovechándose de la excelente situación geográfica de su satrapía, como hizo en nuestros días Mehemet-Ali, y sin consideración alguna á los últimos tratados, se había apoderado de Siria y de las costas fenicias, en perjuicio del sátrapa Laomedonte. El anciano Antipatro que en 320 se había dirigido con el rey Filipo Arideo, con Roxana, con el niño Alejandro, hijo de esta y con una parte del antiguo ejército del reino, á Europa, en donde Polispercon se había apoderado de Tesalia y había sometido á los etolios, con ayuda de los acarnanios, no pudo conservar por mucho tiempo su elevada posición. Todavía tuvo ocasión, á fines del año 320, de acusar de traición á Demades que se le había presentado como embajador ático, imputándole el delito de haber intrigado secretamente con Perdicas. Casandro, que había sido llamado á Pella por su padre, atacado de grave enfermedad, mandó asesinar cruelmente al sospechoso Demades. Poco después, á principios del año 319, murió Antipatro, que contaba unos ochenta años, no sin haber antes señalado, en nombre de la reina, como sucesor suyo á Polispercon, nombrándole general en jefe de Europa y regente del reino.

Entonces ocurrió una serie de sucesos que trajeron consigo la descomposición del imperio de Alejandro en una porción de grandes estados independientes, y fueron causa de muy funestas consecuencias para la Grecia.

CAPÍTULO III

ÉPOCA DE LOS DIADOCOS

I. Caracteres fundamentales de la época de los diadocos.—II. Ruina de Eumenes. Polispercon favorable á la democracia griega. Casandro.—III. Caída de la reina Olimpia. Poder de Antígono y sus adversarios.—IV. Demetrio. Tolomeo. Seleuco.—V. Estado de cultura de Atenas. Teofrasto. Menando. Protógenes.—VI. El príncipe Demetrio en Atenas (307). Los grandes diadocos llegan á ser reyes (306).—VII. Lucha en Rodas. Gran guerra de los diadocos contra Antígono y Demetrio. Batalla de Ipsos (301). Muerte de Antígono.—VIII. Muerte de Casandro. Demetrio, rey de Macedonia: su caída (287 ó 286).—IX. Los Seleucidas y los Tolomeos.—X. La tiranía de Agatocles en Siracusa. Muerte de Agatocles.—XI. Los mamertinos. Tarento y los romanos.—XII. Caída de Lisimaco. Muerte de Seleuco.—XIII. Pirro en Italia. Terrible invasión de los celtas en Macedonia y en Grecia.

I.—CARACTERES FUNDAMENTALES DE LA ÉPOCA DE LOS DIADOCOS

Por más confuso que á primera vista aparezca el cúmulo de luchas que, especialmente á fines de este siglo y comienzos del siguiente, llenan la historia del imperio que se extendía desde el mar Jónico hasta el Pendyab, no ha de sernos muy difícil conocer sus rasgos fundamentales. Todas las luchas que se ofrecen, en este punto, á nuestra consideración, y que bosquejaremos someramente más adelante, obedecen solamente á la gran oposición entre los representantes de la unidad del reino y los partidarios de la descentralización, idea que cada vez adquiría mayor fuerza. Desde la muerte de Antipatro, los gobernantes dirigieron sus ataques, siempre de un modo más significativo, contra la casa real de los Argeadas y contra los campeones del derecho real. Derrotados por último todos ellos, la idea del imperio fué tan poderosa, que el eminente Antígono, que hasta entonces había sido el enemigo más acérrimo del antiguo orden de cosas, pudo aventurarse á tomar para sí la supremacía sobre los demás gobernantes del mundo, por lo cual se volvieron contra él, desde el año 314, las armas de los otros generales del imperio.

La descomposición, sin embargo, había hecho tantos progresos durante el año 306, que los caudillos de la lucha se adornaron cada cual con el título de rey. Veinte y seis años transcurrieron hasta que las continuas luchas originaron un nuevo sistema heleno de grandes potencias; y en este tiempo los grandes diadocos de Alejandro y muchos de los poderosos hijos de estos desaparecieron de la escena histórica.

Dos observaciones se ofrecen aquí á nuestra vista. Por un lado estas grandes luchas encendidas en el territorio comprendido entre los límites orientales de la antigua Macedonia y el apartado Oriente iránico, tuvieron algo más que una influencia destructora, ya que los inauditos movimientos políticos dieron nueva vida al Oriente, cuya existencia hacia tantos siglos permanecía estancada. Debíase esto á que cuanto más las satrapías macedónicas se convertían en Estados independientes, tanto más se veían obligados sus régulos á captarse el afecto y las simpatías, y á promover los intereses de sus súbditos, objeto que solo pudo llevar completamente á cabo Tolomeo y su dinastía. Además, cuanto mayor era la inclinación á conservar la independencia y asegurar los Estados por medio de las armas, tanto más debían los sátrapas, sublevados contra su rey, llamar á las filas de su ejército á los elementos asiáticos. De Macedonia y de Grecia emigraban cada día nuevas masas á Oriente, que, ó aumenta-

ban el contingente de tropas europeas ó debían robustecer los elementos occidentales de los nuevos Estados, creados unos por Alejandro y otros por los diadocos y sus sucesores, desde el momento que no se helenizaban simplemente las antiguas residencias. Este punto de la vida histórica llegó á su completo desarrollo cuando se hubo formado el nuevo sistema de Estados helenos, y cuando la guerra dejó de ser el estado permanente de la vida. En esta época, y siempre en el sentido trazado por Alejandro, se llevaron á cabo de un modo general los cambios de relaciones etnográficas y sociales, que durante muchos siglos y hasta la invasión de los árabes islámicos, formaron el carácter y la fisonomía del Asia anterior. La historia de esta época, hasta la fundación del sistema de Estados griegos, lleva impreso el carácter de una poderosa reacción, verificándose durante la misma, de un modo muy notable, en todas las manifestaciones de la vida pública, una confusión especial de las naturalezas asiática y griega y de sus respectivas civilizaciones en alto grado desarrolladas, y formadas con elementos muy diversos.

Por otro lado, estas grandes conmociones originaron naturalmente, una serie de movimientos secundarios que fueron su continuación y complemento, y que dieron origen á nuevas creaciones políticas. Prescindiendo de la separación de algunas comarcas, que se disgregaron del reino de Alejandro, separación acaecida en los posteriores siglos, estos movimientos secundarios ejercieron gran influencia en toda la Grecia. A excepción de los etolios, las ciudades y las tribus de esta infeliz nación sufrieron mucho á consecuencia de tales conmociones, pues desde la guerra lamiaca no se encontraron en estado de oponerse, con su independencia y con sus fuerzas, á los ataques que desde el exterior se les dirigían. Desgraciadamente la Grecia, á pesar de su impotencia política, á causa de su situación, de sus fortificaciones y de sus puertos, tenía gran importancia para las guerras de los diadocos, en cuanto estaban en contacto con el Occidente. Por otra parte, ninguno de los jefes beligerantes podía despreciar á una nación capaz de proporcionarles un soberbio contingente de aguerridos soldados. Los cantones del mundo heleno, cuyas fuerzas estaban agotadas por las continuas emigraciones de millares de ciudadanos, que, ya como soldados, ya como colonos, se dirigían allende los mares á las comarcas que se extendían desde la Tracia hasta la Mesopotamia y el alto Egipto, siguiendo el ejemplo de la población agrícola de Macedonia, vieron, á consecuencia de las vicisitudes políticas antes señaladas, su suelo convertido, por espacio de treinta años, en teatro de guerras des-

dos por Menon de Farsalia, al campo de Leóstenes. Comenzada la batalla en el angosto paso de Heraclea, Antipatro fué de tal modo derrotado que no pudo regresar por el Otrisi y se vió obligado á encerrarse en la ciudad de Lamia, á la cual puso Leóstenes un sitio en regla. A partir de este punto comenzó á denominarse esta guerra la guerra lamiaca.

XVIII.—GUERRA LAMIACA. DECADENCIA DEL ESTADO ÁTICO. MUERTE DE DEMÓSTENES

La victoria de Leóstenes fué de grandes consecuencias, pues, por de pronto, todos los helenos se levantaron en masa adhiriéndose á la causa de los atenienses, uniéndose, además, á estos y á los etolios, la Tesalia, las tribus que poblaban la montaña Pitia hasta allende la Atamania, las del Oeta y del Parnaso, una parte de los molosos, la isla de Leucades y varios caudillos ilirios y tracios. En cambio al Norte del istmo, los acarnanios, los beocios, la mayor parte de los eubeos y tres ciudades tesálicas se mantuvieron fieles á Antipatro. Los emisarios de Antipatro, especialmente el desertor ateniense Piteas y el infame Callimedonte, de sobrenombre *el cáncer*, procuraban enfrenar en el Peloponeso el movimiento que atizaban Hiperides y Demóstenes, de los cuales el último, obraba en este punto como simple particular. Argos, Trezene, Epidaurio, Sicione, Flio, Elide y Mesenia, no se habían decidido todavía por ninguno de los dos partidos beligerantes. Los atenienses, arrepentidos de la injusticia con que había tratado á Demóstenes, le levantaron, á fines del año 322, del modo mas honroso, el destierro que sobre él pesaba.

Entonces la fortuna pareció, finalmente, querer sonreír á los griegos: el ejército que sitiaba á Lamia creció hasta contar 30,000 hombres, y Antipatro se encontró en una situación, cada vez mas apurada, especialmente cuando vió cortadas sus comunicaciones con la escuadra, surta en el cercano puerto de Falara. Ni aun pudo aprovecharle la retirada intempestiva del contingente etolio, que se licenció durante el invierno. Llegada esta estación, quiso Antipatro firmar la paz, pero desgraciadamente la sed de venganza de los griegos exigía de él que se entregara á discreción.

La fatalidad que sobre Grecia pesaba quiso que, á principios del año 322, el irremplazable Leóstenes pereciese en un combate trabado contra los macedonios. Su sucesor, el ateniense Antifilo, á pesar de estar dotado de grandes cualidades, carecía de la autoridad de aquel para conservar unidos á los distintos contingentes. Aun otra vez la fortuna favoreció á los helenos; pues cuando el príncipe Leonato, cuyo ejército había sido reforzado en Macedonia hasta contar con 20,000 hombres y 2,500 caballos, se presentó en Melitea frente á las tropas de Antifilo, cuyo número ascendía á 22,000 infantes y 3,500 caballos, fué completamente derrotado, encontrando la muerte en el combate.

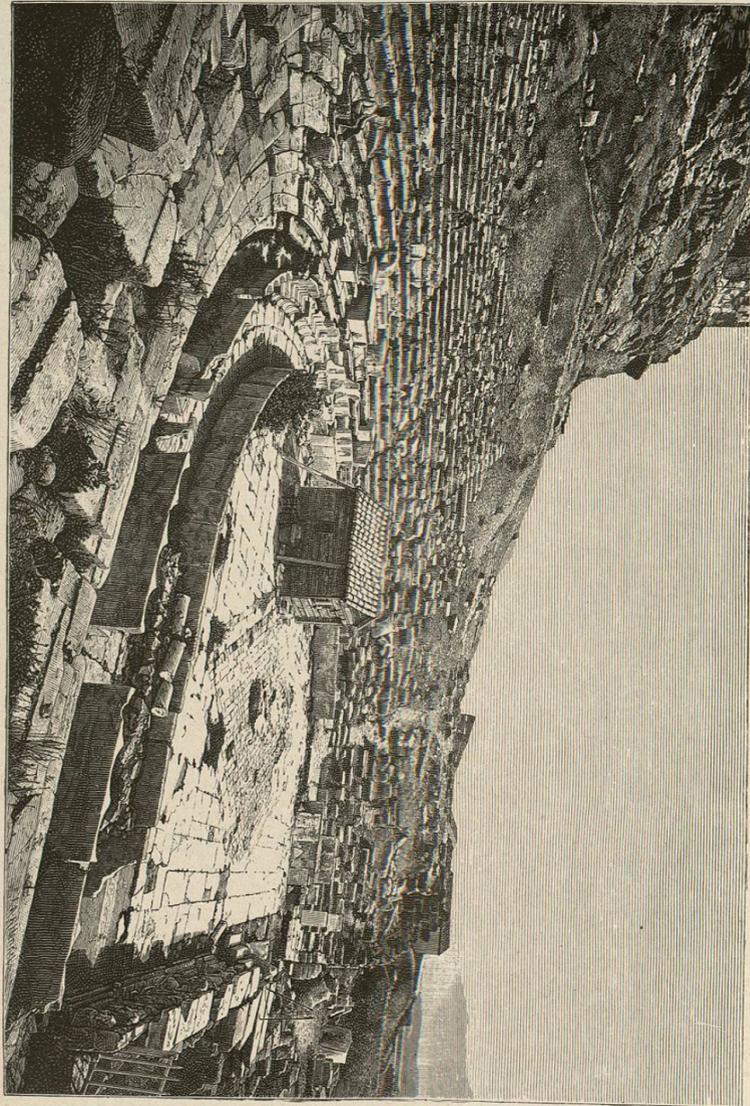
Pero desde este momento comenzó á declinar la suerte de los griegos. Antipatro, que durante esta última batalla había logrado librarse del bloqueo, reunió las tropas de Leonato, abandonó la Tesalia y se apoderó del valle de Tempe. Mientras los insensatos griegos querían regresar á su patria, y la escuadra macedónica ponía en fuga á la ateniense y asolaba las costas del Atica, apareció, por fin, en Macedonia, Cratero con sus tropas escogidas, con las cuales Antipatro pudo reunir 40,000 hombres de infantería de línea, 3,000 de infantería ligera y 5,000 caballos, con cuyas fuerzas se dirigió de nuevo, en verano del año 322, á Tesalia, donde se encontraban los griegos, que solo podían oponer á aquel ejército 25,000 infantes y 2,500 caballos. En la batalla de Crannon, librada el día del aniversario de la de Queronea, consiguieron los macedonios una victoria á medias, en la

cual solo perdieron 150 hombres y los griegos 500. Entonces aparecieron claramente los puntos vulnerables del ejército aliado. Antifilo y Menon no pudieron vencer el decaimiento que se había apoderado de los demás caudillos. Cuando los griegos propusieron la paz á su antiguo señor macedónico, este, gran conocedor del carácter helénico, no quiso reconocer la confederación, y declaró que solo firmaría la paz individualmente con cada uno de los Estados. Se disolvió con esto el ejército griego, y la toma de Farsalia por los macedonios acabó de introducir en sus filas general espanto; y como Antipatro, á quien no se escapaba la inminencia de la lucha de los Diadocos en el Asia Menor y que hacia todo lo necesario para captarse cuanto antes las simpatías de Antígono y Perdicas, ofreció su gracia á cuantos se le sometiesen en seguida, los griegos se apresuraron á unirse de nuevo á él, y restablecieron en todas partes el régimen oligárquico adicto al partido macedónico. Los atenienses, á quienes Antipatro exigía que entregasen á Demóstenes, á Hiperides y á otros caudillos, y los etolios, titubeaban en acceder á las pretensiones del macedonio. Atenas que veía como los macedonios iban ganando terreno en Beocia, hubiera podido obtener condiciones ventajosas, á haber sido posible conseguir que el pueblo adoptara la misma resolución tomada despues de la batalla de Queronea. Un largo bloqueo de esta ciudad, en presencia del rumbo que tomaban los acontecimientos en Asia, no convenia en modo alguno á Antipatro ni á Cratero. La burguesía ateniense que había perdido el valor y la cabeza, se echó en brazos del rehabilitado Demades y le envió, junto con Focion y Demetrio de Falero, al campamento enemigo de Cadmea. Antipatro, siguiendo el ejemplo que pocos meses antes le habían dado los griegos, exigió de los atenienses que se entregaran á discreción; en vista de lo cual los jefes del partido nacional huyeron á toda prisa de la ciudad, que cayó en poder de los enemigos, y á la cual las disposiciones de Antipatro despojaron de todo el esplendor adquirido. Los atenienses conservaron todo el territorio, perdiendo, á Oropos y Samos, que pasaron respectivamente á manos de los beocios y de los antiguos habitantes. A partir de aquel momento, todos los ciudadanos que poseían un caudal menor de 2,000 dracmas (8,000 reales), viéronse privados de todos los derechos políticos, de suerte que de los 12,000 ciudadanos que contaba Atenas, solo 9,000 continuaron gozando de tales derechos; el castillo de Muniquia recibió en 16 de setiembre una guarnición macedónica. Los señores de Atenas eran Focion y Demades, junto á los cuales ejercían también su soberanía hombres tan inútiles como Piteas y Callimedonte.

Demades procuró, entonces, conseguir del abatido pueblo que pronunciara la sentencia de muerte contra los «reos de alta traición» Demóstenes, Hiperides y demás partidarios suyos; y los verdugos macedónicos y los infames griegos se dedicaron á perseguir encarnizadamente, en favor de Antipatro, á los supuestos criminales. Hiperides y dos de los que le acompañaban fueron cogidos en Egina y ejecutados el día 5 de octubre en Cleone: Demóstenes, que se había refugiado en la isla de Calauria, suicidóse en 12 de octubre de 322 por medio de un veneno.

XIX.—MUERTE DE PÉRDICAS. REGENCIA DE ANTIPATRO

Solo los etolios, á cuya comarca huyeron muchos helenos, se resistieron audazmente: su enérgica resistencia, que Cratero, acostumbrado á la guerra de montañas desde la de Sogdiana, esperaba dominar, tuvo que ser sofocada con 30,000 infantes y 2,500 caballos, que contra la Etolia se dirigieron á fines del año 322. El invierno les preparaba grandes fatigas y



El teatro de Dioniso